

Gustavo Martín Garzo

LA MEMORIA AMOROSA

Natalia Ginzburg, la gran escritora italiana, en un pequeño apunte autobiográfico escrito en los años sesenta, habla de sus orígenes como escritora. Es una vocación temprana, que la obsesiona desde que es una niña, y que la lleva a empezar muchos relatos que raras veces logra terminar. Por fin, siendo ya una joven universitaria, logra concluir una serie, que enseña a familiares y amigos. Uno de ellos, tras felicitarle por su estilo y su delicada sensibilidad, le dice hay algo que no funciona en esos relatos. Y se lo resume con una frase enigmática, “están escritos al azar”. Natalia Ginzburg tarda varios años en entender esta frase, todos los que tarda en alcanzar esa madurez que le permitirá escribir sus dos obras maestras, *Palabras en la noche* y *Léxico familiar*. Durante ese tiempo se ha operado un cambio. La joven novelista ha descubierto que “escribir no al azar, es hablar sólo de lo que amamos”, ya que “la memoria es amorosa y no es nunca casual”. He pensado en este pequeño texto al leer *La isla y los demonios*, la novela de Carmen Laforet. Es una novela que prolonga el mundo obsesivo y sin salidas de *Nada*, la novela que escribe con apenas veinte años y con la que consigue el reconocimiento de todos. Carmen Laforet tarda siete años en escribir esta nueva obra. Se trata de una obra en la que nada hay de casual, y que tiene en esa memoria amorosa de la que hablaba Natalia Ginzburg, su última razón de ser. Se centra en una casa, y una familia, una especie de microcosmos, donde pululan oscuros personajes cuyas biografías están marcadas por la derrota y la traición. Pero *La isla y los demonios* es algo más que el retrato de una familia y sus miserias. Como *El retrato del artista adolescente* de Joyce, es sobre todo el retrato de una joven que quiere ser escritora, y que aprende a descubrir en sí misma la fuerza que necesita para realizar sus sueños. “Había vivido de una manera tan intensa, tan devastadora que cuando aquella noche volvía por los campos camino de la casa le hacía el efecto de que su cuerpo adelgazado no tenía peso entre la ardiente noche”. Así es la protagonista de esta novela, uno de esos seres a los “que consume una pasión”. La historia se sitúa en las islas Canarias. Mónica,

su protagonista, recibe la visita de unos parientes, que vienen a refugiarse de la guerra. Pone grandes expectativas en ese encuentro, pero poco a poco irá comprobando que nada de lo que ha imaginado tendrá lugar. El pequeño mundo de la Isla, los oscuros secretos familiares, la presencia de una madre loca, hace que la novela tenga esa atmósfera misteriosa, apasionada y turbia de las novelas de las hermanas Brönte. También el protagonismo que adquiere en sus páginas la naturaleza nos hace pensar en las inolvidables cautivas de Haworth. “Cuanto más desolado se muestra el mundo exterior, más aprecio mi mundo interior”, escribió Emily Brönte. Así es la protagonista de *La Isla y los demonios*, alguien encendido por la llama de su propio deseo. Las descripciones precisas del paisaje, el retrato de unos personajes mezquinos y la presencia siempre oscura de la casa construyen un mundo novelesco de rara intensidad en nuestras letras. “Estaba tan sola en el campo de viñas, con el aire frío pegándose a la espalda, como cualquier pequeño insecto perdido en la vegetación, sobre el inmenso mundo” *La isla y los demonios* revela a una magnífica novelista, capaz de hacer convivir lo más luminoso y delicado, con lo más oscuro y terrible. Una novelista, sobre todo, cuyas palabras se estremecen de vida como las hojas de un árbol en una tormenta. El mundo de Carmen Laforet es un mundo oscuro, lleno de amenazas y claudicaciones, relacionado sin duda con la terrible época que le tocó vivir, la España de la posguerra, pero por el que se deslizan como sombras muchachas valerosas que recuerdan las frágiles pero decididas heroínas de los cuentos de Andersen. Seres agitados por una imaginación demasiado despierta, a las que sus anhelos llevarán tantas veces al borde del abismo, pero que no cejarán por ello de perseguir lo que aman. “Se daba cuenta de que lo que había visto la noche anterior la marcaba como un hierro al rojo y la trastornaba. Era como si hubiera estado huyendo de la vida para acercarse a un resplandor, a una belleza a un ideal, y al acercarse allí se hubiera visto envuelta en las llamas del infierno”.

Al final de la novela, su joven protagonista, tras ver como todo se desmorona a su alrededor, se detiene un momento y contempla por última vez el paisaje y la noche de la isla que está a punto de abandonar. Y realiza entonces el aprendizaje esencial. ¿Por qué buscar la felicidad?, parece preguntarse, ¿por qué esperar no sufrir?. Ya es bastante haber vivido en aquel

lugar y contemplado su ardiente belleza. “Todos aquellos caminos, hartos de soportar el peso de su sandalias, estaban dentro de su alma. La silueta de la Cumbre, y el silencio de los barrancos, el mar y las playas, humedecerían siempre el latido de su sangre. Donde quiera que fuese, la isla iría con ella”.

El mundo delicado, oscuro y misterioso, de Carmen Laforet siempre me ha recordado el mundo de los poemas de Emily Dickinson. Sus personajes femeninos buscan un lugar donde permanecer. No solo lo buscan sino que suelen encontrarlo, aún en medio de la mayor adversidad. Esa es su rara cualidad, que más allá de su profunda tristeza, de su incapacidad para cambiar el mundo, sus almas siguen recibiendo la visita de extraños invitados. O dicho de otra forma, parecen no tener a donde ir, pero guardan en ellas mismas un lugar hospitalario, relacionado con su vocación artística. Aunque puede que lo que hallen en él no sea tanto la memoria de lo que tienen como de lo que perdieron. ¿Pero ambas cosas no son lo mismo? ¿Acaso ganancia y pérdida no se confunden misteriosamente?. “Las ganancias de veras / han de pasar la prueba de perderse, / sólo así son ganancias”, vuelve a decirnos Emily Dickinson. Eso son las novelas de Carmen Laforet, el lugar de la prueba.